



# Introducción





## **Travestismos culturales: políticas de identidad y la escritura de la modernidad**

¡Oh cuerpo, haz de mí un hombre que  
interroga!

–Frantz Fanon, *Black Skins, White Masks*

En mayor o menor grado de disociación  
estuvieron en este país así los negros como los  
blancos; todos convivientes arriba o abajo, en  
el mismo ambiente de terror y fuerza; terror  
del oprimido por el castigo, terror del opresor  
por la revancha; todos fuera de justicia, fuera  
de ajuste, fuera de sí.

–Fernando Ortiz, “Por la integración cubana  
de blancos y negros”

Los nuevos debates críticos sobre el papel del cuerpo como el espacio donde se cruzan ideologías políticas, poderes sociales y definiciones sobre la identidad en la posmodernidad latinoamericana marcan, en muchas instancias, el lugar de reflexión de este trabajo. En estos debates las llamadas “políticas de identidad” se ven como la forma discursiva más eficaz para entender las transformaciones de las culturas contemporáneas. Una serie de lugares discursivos, tales como la raza, el género y la sexualidad, sirven para explicar muchos de los problemas que plantea el llamado “sujeto posmoderno latinoamericano”, entre ellos, la fragmentación del concepto de identidad, el dominio de la tecnología y los medios, y el capital de las economías transnacionales. Parecería, entonces, que los debates sobre el cuerpo y las identidades corresponden solamente a la sensibilidad posmoderna. Sin embargo, tanto las prácticas culturales latinoamericanas como sus textos han propuesto este eje coyuntural desde sus inicios. Como señala Kemy Oyarzún, haciendo eco de las teorías de Antonio Cornejo-Polar, Ángel Rama y Agustín Cueva, las prácticas culturales latinoamericanas no sólo han revelado: “una frontal batalla social (etnias, clases y géneros), sino también se han generado como batallas semióticas y semánticas, textos en pugna consigo mismos” (Oyarzún, “Género y etnia” 35). Los discursos que definen el latinoamericanismo emergen del punto de vista en que se organizan las batallas semióticas y semánticas en una praxis crítica; una praxis crítica, que, en palabras de Román de la Campa, debe –en sus ejes semióticos, estéticos y epistemológicos– inaugurar un espacio discursivo: “que



Jossianna Arroyo

pueda deconstruir las nostalgias identitarias sin borrar las lecturas teóricas de la modernidad” (Campa x, traducción nuestra).<sup>1</sup>

Los estudios coloniales latinoamericanos, en particular los que se hicieron a partir de los años sesenta, abrieron el debate crítico sobre los lugares del sujeto, sus políticas de identidad (etnias, clases y género) y la forma en que éstos definen las culturas latinoamericanas. La confluencia de esta crítica con los estudios postcoloniales y el feminismo dio lugar a un análisis más profundo de la relación entre género, raza y sexualidad como políticas de identidad del cuerpo, cuyo fin será deconstruir, dialogar y subvertir los propios textos –literarios, culturales, políticos– que las originan (Masiello “Las políticas” 273-90).

En esta serie de discursos concatenados, la búsqueda de una narrativa que organizara el cruce de identidades “transitorias” hizo que se volviera la mirada a una serie de narraciones sobre la cultura latinoamericana. En estos textos, narrar implica, también, en un momento de crisis y fragmentación de lo nacional, construir un imaginario homogéneo de la diversidad, con nuevos sujetos. Junto a la creación de nuevas subjetividades, los narradores rebasaron los bordes tradicionales de las disciplinas, que como se verá más adelante, nunca se representaron como totalmente “puras”. A fin de producir una escritura híbrida, mezcla de literatura y etnografía, las funciones de autor y escritor se fusionaron en lo que Clifford Geertz, parafraseando a Barthes, llama “un tipo bastardo de narrador”, el autor-escritor que escribe la subjetividad cultural de sus naciones (Geertz *Works and Lives* 20). Me refiero, especialmente, a las obras del brasileño Gilberto Freyre y del cubano Fernando Ortiz.

<sup>1</sup> Me refiero a los ensayos teóricos que marcan estos debates en la crítica latinoamericana en América Latina y los Estados Unidos a mediados de los años noventa, como respuesta, o a la par de los debates sobre el discurso posmoderno en América Latina. Ante las contradicciones que dejaba la posmodernidad, y en particular, en relación a la pregunta por el lugar de los nacionalismos y la igualdad política y social, hubo un regreso a los debates sobre la modernidad. La publicación del texto de Néstor García Canclini *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad* (1992) abrió campo para muchas de estas discusiones. También los discursos del género, la sexualidad y los estudios gay y lésbicos, abrieron nuevos espacios críticos, y en particular, las lecturas de los trabajos pioneros de Arnaldo Cruz-Malavé, Juan Gelpí, Francine Masiello, Kemy Oyarzún, Nelly Richard y Rubén Ríos-Ávila. También las lecturas de John Beverley, Antonio Cornejo-Polar, Agustín Cueva, Frantz Fanon, Ángel Rama y Julio Ramos, abrieron este campo crítico ofreciendo dentro del marco de los estudios coloniales, poscoloniales y subalternos, cuestionamientos críticos de los conceptos del mestizaje y la hibridez, los lenguajes políticos, la representación, la raza y la racialización en las literaturas y las culturas latinoamericanas.



El análisis y la deconstrucción de estas narrativas culturales, su creación de un imaginario nacional y la representación del sujeto de la escritura son los objetivos principales de este trabajo. Con ese fin, me propongo trazar un mapa que describa, desde la etnografía y la sociología cubana y brasileña, las visiones nacionales que construyeron la nación como un organismo. En la lectura de ese cuerpo nacional, el cuerpo del otro (o de los otros), en especial, el de las poblaciones negras, aparece como una parte integral de ese discurso, ya que, para organizar el imaginario subjetivo de la cultura o la subjetividad cultural, es necesario “integrar” ese cuerpo al discurso nacional. Sin embargo, y a pesar de la presencia inminente y necesaria de ese cuerpo, estas narrativas conforman una serie de estrategias para contenerlo, disciplinarlo o sublimarlo. Con ese fin se manipulan estratégicamente la raza, el género y la sexualidad en la construcción del imaginario nacional de la cultura.

Evidentemente, estas narrativas se sitúan en la dialéctica moderna entre cuerpo y razón, pero su diferencia radica en la forma en que se construyen como narrativas progresistas y racionales, ya que esa misma necesidad del cuerpo del otro produce varias posiciones de sujeto, en las que se privilegia un sujeto deseante y totalmente subyugado al “poder” del otro. En palabras de Nelly Richard esto explica la realidad del sujeto colonial y de su propia representación:

su búsqueda esencialista de una identidad profunda y verdadera (auténtica) sellada por un mito de origen, intenta reparar el vacío que deja la falta de lo “propio” en culturas de la ajenidad: en culturas del préstamo hechas de sustitutos que acusan el déficit de originales y de originalidad. Un déficit que Latinoamérica supo compensar con la hiperteorización de la  *copia*  como alegoría de su arte del travestismo cultural[...] Juego dramatizado por el pensamiento cultural latinoamericano que siempre se debatió entre  *sustancia*  (la raíz indígena como fundamento ontológico de una identidad-propiedad) y  *apariencia*  (el retoque metropolitano de la máscara como artificio de la identidad prestada) (“Alteridad” 212)

La integración del cuerpo del otro en el discurso nacional plantea los problemas de la representación –racial, sexual y de género– de ese cuerpo y las distintas máscaras a las que tiene que recurrir el sujeto de la escritura. A esta estrategia de la representación la identifico como travestismo cultural. El travestismo cultural como estrategia de identificación con el otro, surge de los juegos de poder propios de la representación y, es por esto que el cuerpo del otro se figura desde la raza, el género y la sexualidad. Aunque los textos que analizo traducen el conflicto que surge entre el “texto” original de las culturas negras (el cuerpo, la sustancia) y la apariencia en la “traducción” que hace el sujeto que escribe (la máscara, la escritura), mi enfoque del travestismo cultural, más que como una alegoría de la representación



Jossianna Arroyo

que produce la copia como un gesto de incorporación fácil de lo otro, o de los otros, traduce una lucha por el poder entre el yo que representa y lo representado y la amenaza que implica el tratar de incorporar cultural y textualmente al otro. La máscara de la escritura en la que leo el travestismo cultural no sólo se erige como estrategia de dominio sino que revela, además, la necesidad de unirse y perderse en el otro. La cultura es, entonces, un texto heterogéneo y cambiante que pasa del sujeto que representa a lo representado y viceversa. En ese sentido, la representación cultural parte de las culturas negras, creando así el lenguaje de la representación en estos textos literarios y etnográficos. Es así como este lenguaje se funda y se va haciendo a través de las culturas negras, en su calidad de “otros” de la representación.

¿Quiénes son esos “otros” en la escritura de Gilberto Freyre y Fernando Ortiz? Son en su mayoría hombres negros y mulatos del pueblo, que se representan como urbanos y marginales, y a los que se les atribuyen características “femeninas” con el fin de socializarlos e incorporarlos a un discurso de hermandad nacional. Al lado de esos sujetos, la mujer blanca ya sea como enamorada, esposa o madre aparece junto a la figura de la nana negra para contribuir con su “identidad enigmática” a la hermandad nacional pero sus cuerpos terminan siendo desplazados de la narrativa. Como se muestra en este ensayo, el travestismo cultural se construye como un paradigma que se repite, no sólo en la etnografía de Freyre, Ortiz y varios textos literarios y etnográficos de Cuba y el Brasil. Sitúo de forma detallada varios textos etnográficos, sociológicos y literarios con el fin de analizar las construcciones de la raza, el género y la sexualidad. Mi ensayo parte principalmente del análisis de varios textos del cubano Fernando Ortiz y del brasileño Gilberto Freyre con el propósito de deconstruir sus metáforas integradoras del mestizaje y su creación de una subjetividad cultural cubana y brasileña.

Partiendo de estas representaciones de la subjetividad cultural de Freyre y Ortiz realizo un estudio comparativo con las obras literarias del propio Freyre, Adolfo Caminha, Aluizio Azevedo, Alejo Carpentier, Gertrudis Gómez de Avellaneda y Cirilo Villaverde y los trabajos etnográficos de Roberto Da Matta, Helio Silva, Miguel Barnet y Tomás Fernández Robaina, con el fin de analizar en detalle los discursos de raza, género y sexualidad en estos autores. Mi lectura se sitúa en ese vínculo histórico que ha existido entre la etnografía y la literatura en Cuba y Brasil, y que se ha enfocado en la representación de las poblaciones negras, particularmente, de los hombres negros y mulatos. Dentro de este corpus comparo varios textos de Gilberto Freyre y Fernando Ortiz, mayormente desde 1930 hasta 1950, con textos más contemporáneos como *Carnavais, malandros e hérois* (1979) de Roberto Da Matta; *Travesti: A Invenção do Feminino* (1993) de Helio Silva; *Biografía de un cimarrón* (1968) de Miguel Barnet; y *Hablen paleros y santeros* (1994) de Tomás Fernández Robaina.



Para entender el travestismo cultural como estrategia de escritura de la modernidad en estas obras y contextos nacionales, no se puede obviar el vínculo entre el sujeto de la escritura y las sociedades esclavistas que se quieren representar, pues, aunque el travestismo cultural busca crear una visión armónica del mestizaje, vista como un “amor entre las razas”, produce una serie de contradicciones que van deconstruyendo esa misma visión. En otras palabras, al representar a estas poblaciones negras, el travestismo cultural las manipula, subordina y estereotipa racial y sexualmente, amparándose en un discurso de armonía y amor nacional. Esto crea una serie de ejes contradictorios en el discurso que se puede leer desde varios niveles interpretativos.

Parto de la necesidad crítica de deconstruir los mecanismos que forman esa armonía y “hermandad nacional” en estos textos, para localizar “el síntoma”; esa contradicción velada de esa subjetividad cultural, en un lugar sublimado del deseo por el otro. Este espacio sublimado, contrario a proponer un sujeto sin conflictos, produce una postura melancólica en la que se da un proceso complejo de “no identificación” y de incorporación del otro (Derrida, Marcuse, Zizek). Como demuestro en mis análisis, esta ambivalencia representa, más que el “fracaso” de la modernidad de estos proyectos, su propia contradicción, a la vez que sitúa ese lugar intermedio y subjetivo de la escritura en estos autores.

Mi definición de travestismo cultural alude, en ese sentido, a ese cambio continuo de posiciones que termina por convertirse en un circuito que encierra una postura melancólica de la subjetividad. Esta postura melancólica del sujeto que, según Kaja Silverman, construye una masculinidad marginal o ambivalente ante la ley del Padre y de la nación, se escribe también desde una “retórica de la violencia” en cuanto a la representación del otro (*Male Subjectivity* 15-52). Si como señala Teresa de Lauretis, partiendo de Michel Foucault y de Jacques Derrida, la función social y semiótica del lenguaje se origina siempre de una visión masculina y logocéntrica en donde tanto el género como la sexualidad pasan a formar parte de un circuito de la “violencia”, bien se podría hablar de una “retórica de la violencia” para describir estas representaciones (“The Violence of Rethoric” 265-78). Sin embargo, esa violencia se encuentra marcada por el discurso del amor y el consenso social: el de la cultura. Partiendo entonces, de ese consenso cultural entramos de lleno a las teorías de tropicalismo de Gilberto Freyre y de transculturación de Fernando Ortiz. En ambas teorías, el discurso de la cultura –y sus contradicciones– articula los ejes de lucha y conciliación necesarios, no sólo para sus culturas nacionales, sino también, para la inserción de Latinoamérica en una economía global. De ahí la importancia de entender la hibridez característica de estas narrativas, según la fórmula propuesta por Néstor García Canclini, como proyectos de entrada, representación y negociación de la modernidad.



Jossianna Arroyo

---

Un acercamiento a los aciertos y las contradicciones de estos proyectos modernos, y de la importancia que tienen para la crítica contemporánea nos enfrenta con la utopía discursiva latinoamericanista. En otras palabras, nos coloca ante una propuesta de integración textual, social y económica de la diferencia. Al mismo tiempo, localiza estas narrativas modernas en un diálogo con nuestro mundo contemporáneo, y en particular con los debates críticos entre los contextos nacionales, lo transnacional y lo global. De ahí que escriban desde su modernidad heterogénea y contradictoria sus lugares estratégicos en el travestismo cultural.

